

1. Jesús ora por sus discípulos

Juan 17:1-26

El último día de Jesús en la tierra

Enlace al vídeo de YouTube subtítulo en 70 idiomas: <https://youtu.be/RywPiHDatUk>

En esta serie, nos centramos en la persona de Jesús y el propósito de su venida, así como en los acontecimientos que llevaron a su crucifixión y cómo fueron profetizados por Dios. Nuestro objetivo es comprender el plan de Dios y por qué Jesús tuvo que morir. El apóstol Pedro, al predicar sobre la muerte y resurrección de Cristo en el día de Pentecostés, dijo: «**Fue entregado según el determinado plan y previo conocimiento de Dios**» (Hechos 2:23). Todos necesitamos tener esta verdad profundamente arraigada en nuestro corazón: que hubo una razón para la muerte de Cristo. Sabemos que todos morimos, pero ¿qué tuvo de especial la muerte de Jesús? ¿Sabías que hay 322 profecías en el Antiguo Testamento, dadas cientos de años antes de la llegada del Mesías, que hablan de su vida y muerte como momentos cruciales en la historia de la humanidad? (Alguien ha señalado que la historia es su historia). En su historia, la muerte y resurrección de Cristo son fundamentales para todo lo que ha sucedido desde el comienzo de la vida en la tierra. Lo que Jesús logró en la cruz fue la única razón por la que vino. Si no entiendes la razón de su muerte, no entiendes nada. Comenzamos nuestra serie concentrando nuestros pensamientos en la oración de Jesús que precedió a todo el drama de ese último día.

Preparando a los discípulos a través de la oración

En los capítulos 13-17 del Evangelio de Juan, el apóstol recuerda las palabras y acciones de Jesús mientras preparaba a sus discípulos para su crucifixión y lo que sucedería después de su ascensión al Padre. Después de terminar la Última Cena, Juan nos dice que partieron para recorrer una milla hasta el huerto de Getsemaní (14:31). Deteniéndose en algún lugar cerca del templo, los capítulos 15 y 16 continúan con las últimas palabras de instrucción y consuelo de Jesús. En el capítulo diecisiete, el Señor vuelve su corazón hacia el Padre en oración. Obtenemos una visión de esta conversación íntima en las Escrituras mientras Cristo ora por sí mismo y por sus discípulos. En esta oración, vislumbramos el inmenso amor de Dios.

Jesús sabía que pronto sería arrestado y crucificado. Sin embargo, estaba preocupado por sus discípulos, sabiendo que su fe sería puesta a prueba por su muerte a manos de los romanos y los rebeldes líderes religiosos judíos. Las Escrituras registran que solo uno de los once discípulos, el apóstol Juan, estuvo presente en la crucifixión, mientras que los demás probablemente se mantuvieron a distancia para evitar ser reconocidos como sus seguidores. El capítulo diecisiete nos acerca a Jesús, que oró con ellos antes de que cayera la noche. Su oración al Padre tiene tres partes. En la primera parte, Jesús ora por sí mismo (versículos 1-5); la segunda parte se centra en orar por los discípulos (versículos 6-19); y la última parte es la oración del Señor por todos los que creerán a lo largo de los siglos (versículos 20-24). Centrémonos en cada parte de esta extraordinaria oración de Jesús.

Jesús ora por sí mismo (Juan 17:1-5)

¹ Después de decir esto, Jesús alzó los ojos al cielo y oró: «Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. ² Porque le has dado autoridad sobre

todos los hombres, para que dé vida eterna a todos los que tú le has dado. ³ Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado. ⁽⁴⁾ Yo te he glorificado en la tierra, habiendo cumplido la obra que me diste que hiciera. ⁽⁵⁾ Y ahora, Padre, glorifícame en tu presencia con la gloria que tenía contigo antes de que el mundo existiera (Juan 17:1-5).

Más de tres años antes, al comienzo de su ministerio, el Señor Jesús habló de una hora en la que glorificaría grandemente a Dios. En las bodas de Caná de Galilea, le dijo a su madre: «Aún no ha llegado mi hora» (Juan 2:4). Tres veces más, en el capítulo siete de Juan (versículos 6, 8 y 30), volvió a mencionar que Su hora aún no había llegado. Pero ahora, solo unas horas antes de Su crucifixión, Jesús oró: «Padre, ha llegado la hora. Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti» (Juan 17:1).

¿Qué quiso decir Jesús cuando se refirió a la cruz como su gloria y glorificación? (v. 1) ¿Cómo trae la cruz gloria al Padre?

Glorificar a Dios

¿Qué significa la palabra «gloria»? En el Antiguo Testamento, la palabra hebrea más común traducida como gloria es *kabod*, que significa «pesado». En el libro del Éxodo, Moisés le dijo al Señor: «Te ruego que me muestres tu gloria» (Éxodo 33:18). ¿Qué estaba pidiendo? Moisés anhelaba ver el resplandor, la belleza, el esplendor y la majestad del Señor en este lado del cielo. En el Nuevo Testamento, la palabra griega traducida como gloria es *doxazo*. Esta palabra se utiliza para describir «a Salomón en toda su gloria» (Mateo 6:29) y «todos los reinos del mundo y su gloria» (Mateo 6:8). Glorificar a alguien significa reconocer la importancia o el peso de una cualidad deseable que posee esa persona. Cuando Jesús habló de su deseo de glorificar a su Padre y de ser glorificado a través de la cruz, estaba destacando la singularidad del amor y la misericordia de Dios demostrados a través de Cristo crucificado como sustituto de los pecadores.

Muchas religiones describen a Dios como severo y colérico, pero en este pasaje vemos que la obediencia de Jesús al Padre revela la verdadera naturaleza de Dios. Sí, Él es un Dios impresionante que ejecuta la justicia y el juicio, pero también es un Dios de amor, misericordia y bondad, como lo demuestra el enorme precio que estuvo dispuesto a pagar para llevarnos a nosotros, pecadores culpables, a Él. Si Jesús se hubiera detenido antes de la cruz, habría demostrado que el amor de Dios tiene límites. Jesús llegó hasta la cruz para demostrar que no hay límites para el amor y la misericordia de Dios. Si hubiera habido otra manera, ¿no crees que Dios la habría tomado en lugar de entregar a Su Hijo para que muriera en la cruz? La cruz revela el peso y la gloria de Dios y habla claramente del carácter del Padre, mostrando claramente Su amor por nosotros.

Entonces Jesús oró por el don de la vida eterna que Él da a todos los que el Padre le da (v. 2). Esta vida eterna es más que simplemente no tener límite en el tiempo o la ausencia de tiempo; más allá de eso, es una calidad de vida. Todos viviremos para siempre; es simplemente una cuestión de dónde pasaremos la eternidad. Al arrepentirnos y creer en Cristo, el don de la vida cambia nuestro destino eterno y comienza un proceso de transformación que nos cambia desde dentro: «Y todos nosotros, que con el rostro descubierto contemplamos la gloria del Señor, somos transformados a

su imagen con gloria cada vez mayor, la cual proviene del Señor, que es el Espíritu» (2 Corintios 3:18). Solo vemos los resultados de esta transformación cuando pasamos de esta vida a la vida eterna. Somos almas inmortales que vivimos en las tiendas temporales de estos cuerpos físicos.

Porque mientras estamos en esta tienda [nuestro cuerpo físico mortal], gemimos y estamos agobiados, porque no deseamos despojarnos, sino revestirnos de nuestra morada celestial, para que lo mortal sea absorbido por la vida (2 Corintios 5:4).

Jesús describió entonces la esencia de este don de vida que Él da a su pueblo: es conocer al Padre y al Hijo.

Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (v. 3).

Cuando recibimos el don de la vida, el Espíritu Santo entra en nuestras vidas y comienza su obra de abrir nuestras mentes y corazones a la persona y la obra del Señor Jesucristo, al tiempo que nos revela cómo es el Padre. Cuando creemos, no se trata solo de conocer el carácter de Dios, sino que significa el comienzo de nuestra relación con Él. A medida que comprendemos la profundidad del amor de Dios por nosotros, respondemos amándole a Él a cambio. El creyente está destinado a una relación de pacto de corazón a corazón con el Dios Todopoderoso. Este tipo de relación íntima es nuestro destino final, y es para lo que fue el sacrificio supremo de Dios.

Jesús ora por sus discípulos (Juan 17:6-19)

⁶ Te he revelado a aquellos que me diste del mundo. Eran tuyos; tú me los diste y ellos han obedecido tu palabra. ⁷ Ahora saben que todo lo que me has dado viene de ti. ⁸ Porque les di las palabras que tú me diste y ellos las aceptaron. Sabían con certeza que yo venía de ti, y creyeron que tú me enviaste. ⁽⁹⁾ Yo ruego por ellos. No ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado, porque son tuyos. ⁽¹⁰⁾ Todo lo que tengo es tuyo, y todo lo que tú tienes es mío. Y la gloria me ha llegado a través de ellos. ⁽¹¹⁾ Ya no permaneceré en el mundo, pero ellos siguen en el mundo, y yo voy a ti. Padre santo, protégelos con el poder de tu nombre, el nombre que me diste, para que sean uno como nosotros somos uno. ⁽¹²⁾ Mientras estaba con ellos, los protegí y los mantuve a salvo con ese nombre que me diste. Ninguno se ha perdido, excepto el que estaba destinado a la destrucción, para que se cumpliera la Escritura. ⁽¹³⁾ Ahora voy a ti, pero digo estas cosas mientras aún estoy en el mundo, para que tengan en ellos la plenitud de mi alegría. ⁽¹⁴⁾ Les he dado tu palabra y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. ⁽¹⁵⁾ No te pido que los saques del mundo, sino que los protejas del maligno. ⁽¹⁶⁾ No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. ⁽¹⁷⁾ Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad. ⁽¹⁸⁾ Como tú me enviaste al mundo, yo los he enviado al mundo. ⁽¹⁹⁾ Por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean verdaderamente santificados (Juan 17:6-19).

Jesús ora ahora sobre la importancia de la Palabra de Dios que había compartido con los discípulos (vs. 6-8, 14). A finales del siglo XIV, cuando John Wycliffe tradujo el Antiguo y el Nuevo Testamento al inglés, se desató el caos para prohibir la publicación de la Biblia y mantenerla encadenada a los púlpitos, solo para ser leída en latín, de modo que la gente no pudiera entenderla.

Hoy en día, la Palabra de Dios se ha publicado en muchos idiomas en todo el mundo, por lo que el enemigo ha cambiado su estrategia para mantener a la gente tan ocupada que no tenga tiempo para leer, meditar y crecer en su conocimiento del Señor Jesús. Jesús dijo: «**Las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida**» (Juan 6:63). No es de extrañar que nuestro enemigo se dedique a alejarnos de la fuente vivificante de la Palabra de Dios ().

Hubo un tiempo en que un solo salario podía mantener a toda una familia. Ahora, parece que necesitamos que todos, incluidos el perro y el gato, trabajen solo para poner comida en la mesa y pagar nuestras hipotecas. Aunque la Palabra de Dios es más accesible para las personas hoy en día en la mayoría de los países, estamos tan abrumados por los medios de comunicación que tenemos poco tiempo para meditar en ella. Debemos reconocer que el objetivo principal de Satanás es ahogar la Palabra de Dios de cualquier manera posible. ¿Qué importancia tiene para ti escuchar la Palabra de Dios? Jesús dijo que era el canal o la agencia de Dios para transformar al creyente: «**Santifícalos en la verdad; tu palabra es verdad**» (v. 17). Los once discípulos escucharon, valoraron y obedecieron la Palabra de Dios (Juan 17:6).

¿Qué importancia tenía el ministerio de la Palabra de Dios en los primeros tiempos del cristianismo? Cuando surgió una disputa entre los hebreos de habla griega y los judíos que vivían en la tierra de Israel —por el trato injusto que recibían sus viudas en la distribución diaria de alimentos—, los apóstoles se negaron a dedicar más tiempo a gestionar y supervisar estos asuntos. En su lugar, formaron un comité para seleccionar a siete hombres que se ocuparan de estos asuntos, diciendo: «**Les entregaremos esta responsabilidad y nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la Palabra**» (Hechos 6:4). Reconocieron que el aspecto más importante para el crecimiento y la vitalidad de la iglesia era que sus líderes fueran hombres de oración y comprometidos con la enseñanza de las Escrituras. Muchas iglesias hoy en día esperan que sus pastores actúen como directores generales, cuando lo que realmente se necesita es que enseñen la Palabra de Dios. La bendición y la unción del Espíritu reposarán sobre las iglesias que se centren en estas dos áreas clave de su ministerio: la Palabra de Dios y la oración.

Jesús oró entonces por la protección de los discípulos. Dijo: «**Protegeos con el poder de tu nombre, el nombre que me diste, para que sean uno como nosotros somos uno**» (Juan 17:11). ¿Qué significa el nombre de Jesús? Revela algo sobre la naturaleza de Dios. En hebreo no existe la letra J. El nombre Jesús en hebreo es Yeshua o Yehoshua, que significa «Yahvé es salvación» o «Yahvé rescata». Jesús reveló el carácter de Dios y glorificó al Padre mediante su acto obediente de autosacrificio, es decir, la entrega de su vida, para que su pueblo pudiera ser salvo.

Oración de protección para los discípulos contra el maligno

Jesús oró entonces en el versículo quince para que el Padre nos protegiera, no apartándonos del mundo, sino guardándonos del maligno mientras aún estamos en él. «**No ruego que los saques del mundo, sino que los protejas del maligno**» (Juan 17:15). El Señor sabía que sus discípulos necesitarían protección contra el maligno que obra en este mundo malvado. Es hermoso pensar que Jesús oró no solo por su protección, sino también por todos los que algún día llegarían a conocerlo. Recuerda que Dios existe fuera del tiempo. ¡Él conoce a todos los que son suyos! Jesús no solo oraba por sus discípulos en ese momento, sino también por todos los que creerían en Él. En esta oración, de camino al huerto de Getsemaní, Él oraba por ti, si eres uno de sus discípulos

(v. 20). Tú eras el centro de su preocupación y de su oración esa noche. ¡Qué increíble! Quiero compartir una historia personal sobre la protección de Dios que nunca olvidaré:

Crecí con mi padre y mi abuelo como pescadores comerciales, y durante mi adolescencia, mi padre encargó a un carpintero naval (un constructor de barcos) que nos construyera un nuevo barco pesquero comercial. Tardó más de tres años e e en terminarlo. Cuando el barco de cuarenta y cinco pies estaba a punto de completarse, comenzó la temporada invernal del espadín (un pez pequeño similar a la anchoa), lo que trajo grandes bancos de peces capturados en el Mar del Norte, fuera de nuestro puerto base de Harwich, en la costa este de Inglaterra. Rápidamente botamos el nuevo barco y encontramos un gran banco de peces. Ese día, capturamos unas treinta y cuatro toneladas de pescado y comenzamos a llenar nuestros dos barcos. A medida que íbamos llenando la bodega con pescado, el barco se hundía más en el agua y los espadines se amontonaban en la cubierta. A medida que avanzaba el día, el tiempo se volvió ventoso, con un vendaval de fuerza 8. Mientras nos dirigíamos hacia nuestro puerto base, las olas comenzaron a romper sobre las barandillas del barco porque estaba muy hundido en el agua. Entonces nos dimos cuenta de que habíamos cometido un grave error: no habíamos hecho ningún imbornal (agujeros en el casco a nivel de la cubierta) para permitir que el agua se drenara de la cubierta.

A medida que las olas se derramaban por la barandilla, el agua no tenía por dónde salir, lo que provocó que el barco comenzara a hundirse. El Jane Marie (que lleva el nombre de mi hermana) tenía dos compartimentos en la proa con mamparos estancos. La mitad trasera del barco quedó completamente sumergida, con la barandilla de popa totalmente bajo el agua. Es una sensación extraña estar de pie en la cubierta de un barco que está medio sumergido. La red de la cubierta comenzó a flotar, al igual que las escotillas de la bodega. Me quité las botas altas para que no me arrastraran hacia abajo si el Jane Marie se hundía y mis botas se llenaban de agua. La sala de máquinas y la cabina nos mantenían a flote, pero no podíamos movernos porque el ángulo del barco nos impedía avanzar. Nuestro otro barco, el «Why Worry», tuvo que remolcarnos hasta el puerto. Fue entonces cuando decidí que tenía que aprender a nadar. Siempre he reflexionado sobre este tipo de incidentes y me he dado cuenta de que Dios tenía ángeles que me cuidaban y me protegían. Tengo varias historias como esta de mis experiencias en el mar. Ahora me doy cuenta de que, incluso cuando no le conocía, Él me cuidaba y me protegía del peligro. Él cumplirá Sus propósitos para nosotros. Su brazo no es corto para no poder salvarnos (Isaías 59:1).

[Comparte las diversas formas en que el Señor te ha protegido del mal, especialmente aquellas en las que crees que el Señor ha intervenido para mantenerte a salvo.](#)

Jesús dijo que debemos estar en el mundo, pero no ser del mundo (Juan 17:15-17). Un cristiano debe ser como el barco pesquero de mi padre. Si el agua permanecía fuera, todo iba bien, pero las cosas se torcían rápidamente cuando el agua empezaba a filtrarse en el barco. El mundo debe permanecer fuera de nuestras vidas. Una vez que dejamos que las influencias corruptoras de este mundo se instalen en lo más profundo de nuestras vidas, perdemos nuestra alegría y nuestra paz, y lo que hay dentro fluye hacia fuera: **«No es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre, sino lo que sale de la boca, eso es lo que lo contamina» (Mateo 15:11).**

La oración de Jesús en ese momento no fue para que el Padre sacara a los discípulos del mundo, sino para que los protegiera. Todavía tenían una tarea que cumplir, por lo que no podían ir con Él.

El Espíritu vendría y les daría poder para difundir Su palabra vivificante, incluso a los gentiles. Lo mismo ocurre con usted. Si conoces a Cristo, tienes la misión de compartir Su palabra y ser sal y luz mientras aún hay tiempo para que las personas escuchen y crean en la Palabra de Dios. No es necesario que estés en el ministerio a tiempo completo para tener un impacto duradero en los demás para el Señor. ¡Ya tienes este llamado!

Jesús ora por la unidad entre todos los que creen (Juan 17:20-26)

⁽²⁰⁾ Mi oración no es solo por ellos. También ruego por aquellos que creerán en mí a través de su mensaje, ⁽²¹⁾ para que todos sean uno, Padre, así como tú estás en mí y yo en ti. Que ellos también estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. ⁽²²⁾ Les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno como nosotros somos uno: ⁽²³⁾ yo en ellos y tú en mí— para que sean llevados a la unidad completa. Entonces el mundo sabrá que tú me enviaste y que los has amado tal como me has amado a mí. ⁽²⁴⁾ «Padre, quiero que aquellos que me has dado estén conmigo donde yo estoy, y que vean mi gloria, la gloria que me has dado porque me amaste antes de la creación del mundo. ⁽²⁵⁾ «Padre justo, aunque el mundo no te conoce, yo te conozco, y ellos saben que tú me has enviado. ⁽²⁶⁾ Yo les he dado a conocer tu nombre, y lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos» (Juan 17:20-26).

Jesús oró en el versículo 21 para que los que creen en Él sean uno. ¿Crees que esta oración será respondida antes de que Jesús regrese? Si es así, ¿qué debe suceder entre los creyentes para que la unidad se haga realidad? ¿Por qué es tan esencial la unidad entre los creyentes?

La unidad entre los creyentes será algo que el Señor logrará en el Cuerpo de Cristo en los últimos días. El espíritu del mundo se está volviendo rápidamente muy anticristiano. Creo que veremos un tiempo en el que ya no importará si eres bautista, metodista, presbiteriano, de Vineyard, etc. Lo que importará es que defiendas a Jesucristo como el centro de tu vida y que ames a la familia de creyentes. Será un tiempo como cuando los creyentes de la iglesia primitiva experimentaron la unidad de corazón: «Todos ellos, con un solo corazón, se dedicaban a la oración, junto con las mujeres, María, la madre de Jesús, y sus hermanos» (Hechos 1:14, ESV). Debido a esta unidad, el Espíritu Santo vino con gran poder en el día de Pentecostés. La versión inglesa NIV traduce la palabra griega *homothumadon* como «Todos se unían constantemente en oración». *Homothumadon* es un compuesto de dos palabras que significan «correr juntos» y «al unísono». La imagen es casi musical; muchas notas se mezclan, armonizando en tono y timbre a pesar de sus diferencias. Estar de acuerdo o unidos en el Espíritu es como los instrumentos de un gran concierto, trabajando juntos bajo la dirección del concertino, el Espíritu Santo, mientras los miembros de la iglesia de Cristo se dedican a Cristo y unos a otros. Cuando hay unidad en la iglesia, se siente una presencia distintiva de Dios entre ellos.

¹ ¡Qué bueno y agradable es que el pueblo de Dios viva unido! ⁽²⁾ Es como aceite precioso derramado sobre la cabeza, que corre por la barba, que corre por la barba de Aarón, que baja hasta el cuello de su manto. ⁽³⁾ Es como si el rocío del Hermón cayera sobre el monte Sion. Porque allí el Señor concede su bendición, incluso la vida para siempre (Salmo 133:1-3).

Creo que la unidad de corazón es hacia donde el Espíritu Santo guiará a la iglesia del Señor Jesús. El Señor permitirá que surjan tiempos difíciles, para que aprendamos a apoyarnos unos en otros y en el Señor en medio de nuestras necesidades. La unidad de corazón y mente para el reino de Dios será como la unción que descendió sobre el sumo sacerdote Aarón cuando fue ordenado. El aceite de la unción indicaba la presencia del Espíritu en su vida, y fue allí donde el Señor ordenó una bendición, incluso la vida eterna.

Cuando miramos atrás a la historia de la Iglesia de Jesucristo durante los últimos dos mil años, vemos un historial preocupante de la obra de división de Satanás entre nosotros. Sé que todas las oraciones que Jesús hizo serán respondidas, porque todas las oraciones provenían del corazón del Padre. Jesús dijo: «**Porque yo no he hablado por mi propia cuenta, sino que el Padre que me envió me mandó que dijera todo lo que he hablado**» (Juan 12:49). Vivimos en una era en la que Dios cumplirá la oración de Cristo y traerá unidad a Su Iglesia. Quizás desee orar para que el Espíritu fomente esa unidad, la única credencial de la divinidad de la misión de Cristo en la Tierra: «**Yo en ellos y tú en mí, para que sean llevados a la unidad completa. Entonces el mundo sabrá que tú me enviaste y que los has amado tal como me has amado a mí**» (Juan 17:23).

Padre, ¿equiparías, entrenarías y empoderarías a tu pueblo para que sea todo lo que puede ser en los días que vivimos? Úsanos a cada uno de nosotros para manifestar la unidad del Espíritu y demostrar al mundo que has enviado a tu Hijo al mundo para reconciliar a los hombres y mujeres contigo mismo. ¡Amén!

Keith Thomas

www.groupbiblestudy.com

Facebook: keith.thomas.549

Correo electrónico: keiththomas@groupbiblestudy.com

YouTube: <https://www.youtube.com/@keiththomas7/videos>